Cambio de los Calzones por las Alforjas.



NUEVA RELACION

discreta, graciosa y divertida, de lo que sucedió el dia 2 de enero de este presente año á un carbonero que le dieron un par de calzones, pensando darle sus propias alforjas; y como una vieja con sus industrias raras engañó de tal manera al carbonero, que aun le dió la mitad del dinero que sacó del carbon; con lo demás que verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

Todo casado me escuche,
todo viudo se suspenda,
todos los mozos y niños
les suplico que me atiendan;
que miren con quien se casan,
que no se fien de viejas,
de mozas y de cazadas,
ni de viudas salameras,
ni tampoco de beatas,
ni de las niñas pequeñas,
porque aquel que se fiare
le saldrá muy mala cuenta:
y si me dan atencion
esplicaré con presteza
lo que las mugeres son,
manifestando sus tretas,

sus chismes y sus enredos,
su marañas y cautelas,
dando principio al asunto
comenzaré por las viejas.
Estas por lo regular
la mitad son alcahuetas,
llevando chismes y enredos,
armando, dónde hay paz, guerra;
el argumento está claro,
pues se vé por la esperiencia,
en cualquier parte del mundo,
ciudad, villa, casa, ó venta,
que por desdicha ó desgracia
llegare á entrar una vieja,
meterá tanta cizaña
como metió Ana Bolena
con el cardenal Volseo
cuando perdió la Inglaterra;
al amo de casa dicen
su esposa á usted se la pega,
pues pronto le hará que lleve
de san Marcos la bandera,
y pasar por Carcabuey,
é ir al rastro por madera;
y hará que á san Cornelio
mucha devocion le tenga.
El buen hombre le responde,
diga usted, señora vieja;
¿qué ha visto en mi muger,
pues dice que me la pega?
y la espia del demonio,
que es la condenada vieja,
le dice; el otro dia yo vi,
que entró un hombre con ella,
se encerraron en un cuarto
y se estuvieron hora y media,
lo que hicieron no lo sé,
pero bien se manifiesta,
que estándo allí encerrados,
no harian obras de igresia.
El marido enfurecido,
dando crédito á la vieja,
va y la dice á su muger:
pícara, vil, mala hembra
¿cómo has tenido valor,
y con los hombres te encierras,
quitándome á mi el honor,
siendo tú vil adultera?
Y sin aguardar mas razones
una paliza la pega.
La pobre muger, llorando,
por ser cosa tan insierta,
le dice: ¿quien te ha contado
mentiras tan manifiestas?
El replica, quien te vio,
que fué la tia Lucrecia,
que esta es muger de verdad,
pues ya tiene años ochenta,
y me parece una santa.
pues siempre el rosario reza.
Y la muger le responde:
¿pues si yo á ella creyera,
cómo estaria esta casa?
jamás faltaría guerra:
el otro dia me dijo
que te entrastes con la Pepa
en su casa, y que allí
tuvisteis buena merienda,
y que despues de comer
tambien dormisteis la siesta.
que hiciste un no se qué......
entiéndalo quien lo entienda;
pero yo no lo creí
porque se bien quien es ella
y si hemos de tener paz
nunca te creas de viejas,
porque la que no es borracha
es lo menos alcahueta,
otras brujas rematadas,
y muy pocas hay de buenas.
Y para que nadie ignore
las astucias de las viejas

les voy á contar un chiste,
que es digno de que se sepa,
que sucedió á un carbonero
en el lugar de Estivela,
cuatro leguas poco menos
de la ciudad de Valencia:
este tal era casado
con una muchacha bella,
la cual tenia un cortejo,
que en cuanto ocasion viera,
tenia grande cuidado,
de irse á costar con ella.
Sucedió que el carbonero
tenia que ir á Valencia,
que le era cosa precisa
para despachar su hacienda,
y la dijo á su muger:
amada y querida prenda,
mañana por la mañana,
á eso de la una y media,
tengo de cargar los machos
de carbon, para Valencia,
y me tendrás prevenida
la alforja con diligencia,
de cebada, pan y vino
y alguuas otras cosuelas,
que me las quiero llevar,
porque dentro de Valencia
está muy caro el comercio,
y cuesta mucha moneda.
La muger le respondió:
haré cuanto tu me ordenas:
y al mismo tiempo tambien
á su amante le dió cuenta
como se iba su marido,
y así que tiempo no pierda,
que será muy de mañana,
y por tanto que esté alerta,
Llegó la hora señalada,
y la muger que está en vela;
á su marido le dijo:
mira que es la una y media,
ya te puedes levantar
y marchar á toda priesa;
por que entre ir y venir,
tienes que andar ocho leguas:
con la prisa que llevaba
se fué y las alforjas se deja.
Dejemos al carbonero
andando para Valencia,
y vamos á la muger,
á ver del modo que queda,
pues luego vino el barbero,
que era el cortejo de ella,
y se subieron arriba,
cerrando muy bien la puerta:
se desnuda de sus ropas,
luego en la cama se acuestan
hablándose con cariño,
diciéndose mil ternezas.
Estando en estos requiebros
oyen llamar á la puerta,
la muger se levantó
á medio vestir y de priesa,
y se asomó á la ventana
por ver y saber quien era,
y respondió el carbonero:
corre, baja, abre la puerta
para subir á buscar
las alforjas que se quedan
en ese poyo que está
al lado de la chimenea;
y la muger asustada
le dice de esta manera:
no tienes tú que subir,
yo las sacaré alla fuera;
y sin detenerse un punto
ni encender la luz siquiera,
fué tentado por allí,
(aqui pido que me atiendan).
pues por coger las alforjas
unos calzones le entrega

del barbero, que en su cama
durmiendo estaba con ella:
se los entregó al marido,
y volvió á cerrar la puerta,
subiéndose para arriba,
quedandose muy contenta,
y al lado de su galan
por segunda vez se acuesta;
lo que pasó entre los dos
solo en silencio se queda
pero bien se deja ver,
y asi sigamos la letra.
Volvamos al carbonero,
que siguiendo su carrera,
apenas habia andado
como cosas de tres leguas,
era ya de dia claro;
llegó cerca de unas ventas
que se llaman de Pusol,
y estan en la carretera
dijo el buen hombre entre si:
voy á almozar con presteza;
se fué á sacar las alforjas
y unos calzones encuentra.
Aqui es cuando el carbonero
se le apura la paciencia,
y dijo ¡Valgame Dios,
que esto á mi me suceda!
Y mas cuando conoció
que aquello calzones eran
del barbero del lugar
escupe, araña, patea,
y júra que ha de vengar
infamia tan clara y cierta,
y se queria volver;
pero luego considera
que vengaria su agravio
á la noche venidera;
y prosiguiendo su viaje
á la ciudad de Valencia;
lo que este hombre pasó
con sus sustos y sospechas
y todos sus sobresaltos,
lo puede notar cualquiera;
dejémosle por ahora
hasta que vuelva á Estivela,
y vamos á la muger,
la que apenas se despierta
se levantó á encender lumbre
y en las alforjas tropieza,
Aqui, discreto lector,
en esta parte primera,
dá fin: y en la segunda
dirá lo que falta en ella.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



SEGUNDA PARTE·

Donde se siguen los chistes que le sucedieron al referido carbonero.

Aqui fueron los suspiros,
los lamentos y las penas
de aquella infeliz muger,
que casi hasta el cielo llegan:
con los gritos que ella daba
el barbero se despierta,
diciéndola enternecido;
¿Qué tienes querida prenda?
¿di que te ha sucedido?
comunicame tu pena.
Y le responde llorando:
¡Ay, que seré descubierta!
que esta mañana al marido
cuando llamaba á la puerta
pensé darle las alforjas,
y tus calzones se lleva;
el Barbero la responde:
ya la hemos hecho buena,
no podias conocerlo,
pues que bien se diferencia
las alforjas de calzones?
cómo estaba tu cabeza?
Lo que mas siente el Barbero
y le causa mayor pena,
el no haber llevado capa
y haber de salir en piernas:
y tener que ir á afeitar
los parroquianos por fuerza,
y no tener mas calzones
alli ni en su casa mesma,
que los que el Carbonero
se ha llevado à Valencia;

aqui suspirando dice;
cuando mi muger lo sepa
que he perdido los calzones
¡qué buen dia nos espera!
Y toda la culpa tiene
solo tu mala cabeza.
La muger del carbonero
responde de esta manera:
bien las tienes mejor tú,
asi no te conociera,
que no me viera yo ahora
tan oprimída y suspensa,
tan llena de confusiones,
y tan cercada de penas,
y lo que hasta entonces fué
alegria y complacencia,
se ha convertido en pesares,
sustos, discordias y penas:
tanto que al Barbero dijo
furiosa la carbonera:
sálgase luego de casa,
váyase la puerta afuera,
y si no tiene calzones
búsquelos donde quisiera;
entonces se fué el Barbero,
y ella llorando se queda.
Dejemos á la muger
lamentándose en sus penas,
y vamos al cirujano,
que apenas sale á la puerta
encontróse unos muchachos,
que juntos iban á la escuela,
y al instante que lo víeron,
pensando que loco era,
hasta meterse en su casa
fueron tirándole piedras;
y como iba sin calzones
no habló palabra ni media,
sino escapar á correr
porque no le conocieran.
En fin, se metió en su ca a
sin que la muger lo viera,
y acostándose en su cama,
herido de la cabeza
de la grande tempestad,
y la abundancia de piedras
que le habian disparado
los muchachos de la escuela:
á este tiempo la muger
que venía de la iglesia,
cuando lo vió sin calzones,
presumiéndose lo que era,
en cuenta de consolarlo,
le tiró muy bien las greñas,
creyó que para esquilarle
no era menester tijeras;
porque le dejó sin pelo,
y le arrancó las melenas.
Aqui si que era de ver
los llantos y las miserias
del infeliz cirujano
pues tantos males le cercan.
Dejémoslo por ahora,
curándose la cabeza,
y vamos á la muger
que desesperada queda
amargamente llorando
y no hay consuelo para ella;
á cuyo tiempo por lumbre
en su casa entró una vieja,
y viéndola que lloraba,
la dice de esta manera:
dime, ¿qué te ha sucedido?
¿qué lloras? ¿qué te lamentas?
Y la muger la responde
con un ¡ay! alma que llega,
aunque yo á usted se lo diga
no me aliviará mi pena:
por fiarme del Barbero
me veo de esta manera,
muy triste y desconsolada.
Entónces dijo la vieja:

dime, ¿que te ha sucedido?
no lo calles por vergüenza,
comunicamelo todo,
has cuenta que te confiesas,
que te tengo de amparar,
y esto corre de mi cuenta,
pues aun no sabes tú muy bien
las astucias de las viejas.
Algun tanto consolada
respondió la carbonera:
en el supuesto que dice,
de que corre de su cuenta,
y que usted me ayudará,
la contaré mi flaqueza:
ayer dijo mi marido
que habia de ir á Valencia,
y que habia de madrugar
á eso de la una y media;
al mismo tiempo me dijo
ten las alforjas compuestas
viendo tan buena ocasion
al Barbero le di cuenta
de que se iba mi marido,
y asi el tiempo no pierda,
que se vá muy de mañana
y por tanto que estè alerta.
Cuando esto supo el Barbero
vino como una centella,
se metió dentro mi casa
cerrando muy bien la pnerta,
y nos fuimos á acostar
â cuyo tiempo que llega
mi marido apresurado,
dando golpes á la puerta,
diciendo que le bajára
la alforjas con diligencia;
y yo medio apresurada,
comencé á tentar por tierra,
y hayandome unos calzones,
que estos del barbero eran,
se los saqué muy corriendo,
pensando que alforjas fueran,
y los llevó mi marido,
esta es mi fatal tragedia.
A lo que la muger dijo,
estuvo atenta la vieja,
y con un grande suspiro
respondió de esta manera:
amiga, la mas àmiga,
no pensé que tanto era,
y así es preciso tener
una consulta de viejas
para aplicar el mejor
remedio que nos convenga:
vamos que ya se juntaron
seis ó siete las mas viejas
que habia en todo el lugar,
y consultaron entre ellas,
como que el mejor remedio
era ir á comprar tela
para hacer unos calzones
y ponerselos la vieja,
de la misma calidad
que los del barbero eran.
Esto es lo que salió
de la consulta de viejas:
llamaron al punto un sastre
que viniera á toda priesa,
y que hiciera unos calzones
de la referida tela.
Asi que estuvieron hechos,
fue y se los puso la vieja,
fué á casa del carbonero
ilando con una rueca;
se suvió â la cocina,
sentóse muy bien compuesta,
arremangose las sayas,
y toda su intencion era
el enseñar los calzones
cuando el carbonero venga;
no se pasó mucho rato
cuando este buen hombre llega

con una cara peor
que aquellos que niegan deudas,
y la dijo á su muger:
pícara, vil, muger necia,
hoy has de morir aqui,
si el cielo no lo remedia,
y vengaré yo mi agravio
de toda tu vil torpeza;
los calzones son testigos
de que tú eres vil ramera,
pues siempre que yo me voy
el barbero me la pega.
Sin aguardar mas razones
se fué corriendo tras ella,
subiendose á la cocina
en donde estaba la vieja
con sus sayas remangadas,
como referido queda.
Y biéndola el carbonero
la dijo de esta manera
¿cómo es que lleva calzones,
digame, señora vieja?
y la vieja le responde:
tu muger tambien los lleva,
en un dia los hicimos
las dos de una misma tela,
y tambien el cirujano
de aquesto mismo los lleva.
Cuando el carbonero oyó
lo que le dijo la vieja,
pensó que aquellas palabras
del Santo Evangelio eran,
y arrepentido entre sí,
decia de esta manera:
san Abdon y san Senon
habran traido esta vieja,
porque no permitirán
de que mi casa se pierda,
pues es cierto que si no
es por esta buena vieja
yo matara á mi muger
y al tal barbero con ella;
es cierto evidente y claro
que la habria hecho buena.
Entónces el carbonero
se volvió para la vieja,
y la dijo tome usted
la mitad de mi moneda
que he sacado del carbon,
perdone por la pobreza;
y al mismo tiempo tambien
la dijo á su muger mesma
que la pedia perdon
de aquella tan grande ofensa,
con que se cumplió el adagio,
tras de cuernos penitencia.
Con esto han visto, Señores,
los enredos de las viejas,
y perjuicios que nos causan
en las casas que ellas entran.
Y con esto el autor pide
á todos cuantos le lean,
que para ningun asunto
jamas se fien de viejas.

FIN.

CARMONA:—1861.
Imp, de D. José María Moreno calle de Madre de Dios núm. 1.